

## **Domingo 10º. Tiempo Ordinario. Año B**

Lectio divina sobre Mc 3,20-35

---

Desde los inicios de su predicación, Jesús tuvo que enfrentarse a la incredulidad y el desdén no sólo de sus enemigos sino también de sus conocidos. El evangelio no silencia el hecho, un tanto sorprendente, de que hubo un tiempo en que la familia de Jesús no tenía sobre él mejor opinión que sus detractores más acérrimos: si los enemigos de Jesús pensaron que estaba endemoniado, su familia creía que no estaba del todo en sus cabales. Que hoy se nos recuerde este hecho puede dejarnos perplejos, escandalizados incluso. No cabe duda de que en el suceso recordado sale malparada la familia de Jesús, no solo sus enemigos. Y sin embargo, el episodio, que recoge una situación real de la vida de Jesús, ha de resultarnos tan aleccionadora como actual.

---

<sup>20</sup> **Llega a casa y de nuevo se junta tanta gente que no los dejaban ni comer.**

<sup>21</sup> **Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque se decía que estaba fuera de sí.**

<sup>22</sup> **Y los escribas que habían bajado de Jerusalén decían:**

**«Tiene dentro a Belzebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios».**

<sup>23</sup> **Él los invitó a acercarse y les hablaba en parábolas:**

**«¿Cómo va a echar Satanás a Satanás? <sup>24</sup> Un reino dividido internamente no puede subsistir; <sup>25</sup> una familia dividida no puede subsistir. <sup>26</sup> Si Satanás se rebela contra sí mismo, para hacerse la guerra, no puede subsistir, está perdido. <sup>27</sup> Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con su ajuar, si primero no lo ata; entonces podrá arramblar con la casa.**

**<sup>28</sup> En verdad os digo, todo se les podrá perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan; <sup>29</sup> pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre».**

<sup>30</sup> **Se refería a los que decían que tenía dentro un espíritu inmundo.**

<sup>31</sup> **Llegan su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. <sup>32</sup> La gente que tenía sentada alrededor le dice: «Mira, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan». <sup>33</sup> Él les pregunta: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?». <sup>34</sup> Y mirando a los que estaban sentados alrededor, dice: «Estos son mi madre y mis hermanos. <sup>35</sup> El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre».**

---

### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

La tradición evangélica apenas menciona a la familia de Jesús cuando relata su ministerio público en Galilea o durante su última semana en Jerusalén. Para nuestra sorpresa, Mc 3,31-35 (cf. Mt 12,46-50; Lc 8,19-21), el texto más explícito, está de tal modo narrado que señala una neta ruptura entre Jesús y los suyos: familiares (3,20-21) y enemigos (Mc 3,22-30) se unen en el rechazo temprano de Jesús y de su misión; unos, con indudable interés por la persona de Jesús (3,20), los otros, con la frialdad de un razonamiento teológico. Solo le quedan a Jesús sus discípulos, a doce de los cuales acaba de llamar para que estén con él y para enviarlos a misión, con los que compartir enseñanza y sentimientos.

El episodio se desarrolla en tres actos: la primera escena (3,20-21), en la que ya aparece el tema del rechazo de Jesús, tiene todos los visos de ser una creación del evangelista; pero se hace difícil de aceptar que se hubiera inventado anécdota tan dura, de no haberla encontrado en la tradición (cf. Jn 7,5). En la segunda escena (3,22-30) Jesús se defiende de la acusación de connivencia con Belzebú (3,22.30) con un discurso parabólico (3,23-27), que se cierra con una solemne toma de posición (3,28-29): no tiene perdón quien no le acepta. La tercera escena (3,31-35) trata de la auténtica familia de Jesús: Marcos, que ha recibido el hecho de la tradición, lo elabora un tanto para introducirlo en su narración (3,32a.34a.35) y para enmarcar, resaltándola, la postura de Jesús, quien, ante su familia carnal, declarada tener *otra* familia.

Jesús ha regresado del monte a la casa, de la cercanía de Dios a la proximidad con los hombres. La multitud sigue necesitándole y se aglomera a su alrededor. Su actividad es extenuante, como es encomiable el celo por la causa del reino. Pero surgen las críticas, ahora muy severas (3,21-22: «*está fuera de sí*», «*está poseído por el demonio*»); provienen de sus propios parientes, a quienes apoyan de buen grado los maestros jerosolimitanos de la ley, es decir, el bastión de la sabiduría israelita. Cierto, a la familia la guía su interés por Jesús, al que ven que ni tiempo para comer tenía (3,20); a los entendidos, un diabólico diagnóstico que encubre su malicia y obcecación. El caso es que ni sus familiares, quienes más lo conocen, ni los letrados, quienes mejor conocen las Escrituras, lo comprenden: la familia se verá sustituida y los escribas, condenados sin remisión.

Quien oye hoy la afirmación de Jesús no tiene por qué despreciar a cuantos se oponen a Jesús con grandes argumentos ni enviar a sus familiares. Si se dedica a estar con él y escuchar su palabra para hacer la voluntad de Dios, el discípulo se convierte en miembro de su familia. Quien quiere conocer y hacer el querer de Dios se hace con el querer humano de

Jesús. No es de la carne, sino de la voluntad de Dios donde nacen los hijos de Dios. A ellos Jesús lo ve como hermanos, hermanas... y madre.

## **II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida***

Para nuestra sorpresa, tenemos que admitir que Jesús contó con una oposición cerrada – y amplia – desde el primer momento de su actuación pública: los letrados, la gente más sabia de su tiempo, expertos en la ley de Dios, dijeron que tenía al demonio dentro; y sus íntimos, 'su gente', llegaron a pensar que estaba loco. Ni unos ni otros evidentemente entendían lo que hacía ni, mucho menos, las razones que tenía para hacerlo. Y si nos puede parecer incomprensible que llegaran unos a creer que estaba endemoniado, más imperdonable resulta que su misma familia lo tuviera por un exaltado. Algo anormal tuvieron que ver en él amigos y enemigos, algo inexplicable.

Jesús no optó por un grupo, sino por todos los que le toman en serio, lo rodean escuchándole sentados y cumplen con Dios. Pero es cierto que se distancia de sus familiares y de sus adversarios, unos por creerse con derechos sobre él, aunque sean los derechos del corazón, y otros por creer que sirve a Satán, apoyándose supuestamente en lo que de Dios saben. En ambos casos, son sus contrincantes porque se oponen al proyecto de Dios.

### **La causa de Jesús, Dios y el reino, le ocasionó general incomprensión**

Su predicación, acompañada como estaba por actuaciones milagrosas, proponía exigencias insoportables. Su comportamiento, aunque propio de un hombre de Dios, resultaba escandaloso: lleno de Dios, pero fuera de sí. Ocupado en la implantación del reino, andaba sin tiempo para cuidar de sí. Frente a Jesús la gente, desconocida o familiar, se sentía incómoda, no sabiendo bien a qué atenerse. Y reaccionaba atacándole, porque, no pudiéndose explicarse cuanto hacía Jesús ni por qué, no sabían tampoco cómo defenderse de él. Les daba cierto miedo; su radicalismo les infundía inseguridad. Tener el reino de Dios como misión única convirtió a Jesús en un hombre incomprensido hasta de los suyos, los que más lo conocían y querían.

Que Jesús siga extrañándonos, que su comportamiento nos resulte raro, que sus exigencias sean insoportables, no debería sorprendernos demasiado. Así fue desde el principio. Así sigue siendo hoy. Y no sólo para los desconocidos, para quienes no pudieron amarle, sino sobre todo para quienes mejor creían conocerle, para los que convivieron más con él, sus amigos y familiares. El discípulo de Jesús, ayer como hoy, ha de saber que sigue a un Maestro al que unos, los alejados, los entendidos, siguen calumniando y otros, los cercanos, los familiares, no acaban de entender. La fidelidad a Jesús, hoy como ayer, impone superar el escándalo que su persona suscita allí donde actúa. No tendría que maravillarnos, pues, que cuantos queremos seguirle hoy tengamos que enfrentar, a veces, el menosprecio y las burlas, la incomprensión y la maledicencia. Si a él no le pudo entender ni su propia madre y sus hermanos, ¿qué podríamos esperar nosotros en una sociedad como la nuestra, que está dejando de ser cristiana?

### **No hay que esperar mejor fortuna**

Recordar que a Jesús, nuestro Maestro le tomaron por loco, que a nuestro Señor lo acusaron de ser presa del diablo, nos debería ayudar a no tomar tanto en cuenta lo que los demás digan o piensen de nosotros, solo por ser sus seguidores. Pero solo por eso. Es más, debemos contar con la incomprensión de los nuestros, si somos realmente cristianos. Si modelamos nuestras vidas según Cristo, habrá que afrontar el ridículo y el desprecio, la burla o la falta de entendimiento de los demás, nos sean desconocidos o sean de los nuestros. Habrá, pues, que empezar a perderle el respeto al mundo que ha dejado de creer, para empezar a sentir la seguridad de nuestra fe. Habrá que volverse insensibles a lo que puedan decir de nosotros los demás, incluidos los que más nos quieren, para ser más sensibles a cuanto quiere de nosotros Cristo nuestro Señor. No puede llegar a importarnos – ni a importarnos - lo que los demás hablen o piensen, sino cuanto Cristo piensa sobre nosotros y lo que él quiera decirnos. Ocuparse de él y de sus palabras nos liberará de nuestros miedos y nos conseguirá su cariño de hermano.

Para nuestra sorpresa, hay que tomar en serio lo que el evangelio nos ha contado: Jesús públicamente renegó de sus familiares. Mejor dicho, identificó a sus discípulos con su auténtica familia. Frente a quienes acudían a él, llenos de desconfianza y de pretensiones, con exigencias y con dudas, Jesús optó por vincularse afectivamente con aquellos que vivían a su alrededor, escuchándolo. Prometió sus mejores atenciones a cuantos le prestaban mayor atención. Desautorizaba así a todo aquel que creyera tener derechos sobre su persona, sea porque conociera bien la ley de Dios sea, incluso, porque era su pariente y lo conocía de toda la vida. Jesús no atenderá a quienes, por conocerle de siempre, por haber convivido con él, se desentiende de escuchar de su boca la voluntad de Dios y se exime de cumplirla.

### **Familiares de Jesús porque se comparte su proyecto**

No hay que pasar por alto que esta toma de postura de Jesús fue pública y se dirigía a su familia más cercana. No basta con escandalizarse por la aparente severidad de Jesús para con su madre y sus hermanos, como si esas palabras no fueran dirigidas a cuantos, ayer como hoy, se acercan a Jesús con la pretensión de ser escuchados, solo porque han ido a verle cuando se les antojó. Quienes, como muchos de nosotros, tan seguros estamos de contar con Jesús, con ser de los suyos y pertenecer sin más a su círculo más íntimo, que no hacemos ningún esfuerzo por quedarnos entre los que le acompañan

siempre y siempre le escuchan, seremos un día, públicamente, desautorizados por Jesús. Si se atrevió a desconocer un día a su propia familia, ¿por qué iba a dudar de hacerlo con nosotros cualquier día? O, ¿es que no nos creemos, los cristianos hoy como la familia de Jesús ayer, con derechos sobre Jesús solo porque acudimos a él cuando nos place?

Así pues, quien de nosotros quisiera de verdad poder ser considerado familiar de Jesús, deberá hacerse su fiel oyente. No hay más que una forma de hacerse con el afecto de Jesús, hacer la voluntad de Dios; quien cumple el querer de su Padre es querido por Jesús como hermano. Jesús reconoce a sus familiares entre los de su entorno. Ir de vez en cuando en su búsqueda no garantiza llegar a su corazón: viviendo para escucharle, desviviéndose por atenderle y cumpliendo la voluntad de su Padre, es como nos convertiremos en miembros de su familia: como María, el hacedor de la voluntad del Padre se ganará para siempre el afecto y las atenciones, la familiaridad, de Jesús. Si Jesús tuvo la osadía de renegar de su familia en público y adoptó como tal a cuantos lo escuchan y obedecen, acceder a su amor, hacernos con su querer, está a nuestro alcance. No hay más que una forma de hacerse con el afecto de Jesús, hacer la voluntad de su Dios. La familia de Jesús está formada por los siervos de Dios. ¡Bien lo supo, y mucho le costó a María!